

Lectio Divina

“Si rogase mi señor al profeta...” (2Re 5,3)

El primer anuncio como ofrecimiento de esperanza



El *primer anuncio*. Entre los relieves busca su importancia y actualidad entre los elementos de contenido y de metodología que estamos buscando identificar en estos días, una característica parece indiscutible: ser una oferta de esperanza.

La *Buena Nueva* de Jesucristo en el corazón capacita a las personas a habitar con pasión, misericordia y esperanza la historia y el mundo, a entrar en los interrogantes más profundos de la existencia humana, a ser sensibles a las expresiones, frecuentemente silenciosas y discretas, de búsqueda de sentido y de felicidad, a valorizar aquellas ocasiones que pueden hacer “surcos de la fe”, aquellos momentos en los cuales el hombre y la mujer tienen particularmente necesidad de compañía y de esperanza.

La experiencia de la fragilidad, del límite, de la vulnerabilidad, del dolor y de la debilidad, de la enfermedad y de la muerte puede ser un *kairós*, un “lugar” en el cual declinar una propuesta de vida y de amor, un primer anuncio de Jesucristo. El texto bíblico sobre el cual meditamos hoy es iluminador en esta dirección.

Naamán, general del ejército del rey de Aram, era un hombre prestigioso y altamente estimado por su señor, porque gracias a él, el Señor había dado la victoria a Aram. Pero este hombre, guerrero valeroso, padecía de una enfermedad en la piel. En una de sus incursiones, los arameos se habían llevado cautiva del país de Israel a una niña, que fue puesta al servicio de la mujer de Naamán. Ella dijo entonces a su patrona: «¡Ojalá mi señor se presentara ante el profeta que está en Samaría! Seguramente, él lo libraría de su enfermedad». Naamán fue y le contó a su señor: «La niña del país de Israel ha dicho esto y esto». El rey de Aram respondió: «Está bien, ve, y yo enviaré una carta al rey de Israel». Naamán partió llevando consigo diez talentos de plata, seis mil siclos de oro y diez trajes de gala [...] Entonces bajó y se sumergió siete veces en el Jordán, conforme a la palabra del hombre de Dios; así su carne se volvió como la de un muchacho joven y quedó limpio. Luego volvió con toda su comitiva adonde estaba el hombre de Dios. Al llegar, se presentó delante de él y le dijo: «Ahora reconozco que no hay Dios en toda la tierra, a no ser en Israel...» (2Re 5,1-15)

La niña israelita es anónima. Joven e indefensa, secuestrada, desterrada de la patria y de los suyos, deportada en tierra extranjera y en esclavitud y demasiado pequeña, demasiado insignificante para ser recordada por el nombre.

Seguramente su sufrimiento no es menor que el de patrón leproso. Naamán, aunque tenga la desdicha de una cruel enfermedad, es un personaje de prestigio, de la alta sociedad, victorioso en las batallas, con autoridad, estimado por el rey, respetado por los súbditos, rodeado del afecto de la familia. La pequeña esclava, en vez, no puede compartir su sufrimiento, es solo para sí. Su persona no cuenta para nadie, su historia de dolor, tan común a los esclavos extranjeros, no atrae la atención de ninguno. Su pasado es ignorado por todos; su familia y su gente, su patria lejana con tantas hermosas tradiciones, culturas y costumbres que a ninguno le interesa; sus recuerdos, sus sentimientos, sus sueños y deseos no puede compartirlos con nadie.

El anonimato de esta niña la hace representante de numerosos jóvenes puestos al margen de la sociedad, de aquella legión inmensa de niños migrantes desarraigados y solos, o de los indigentes abandonados o de aquellas decenas de millones de menores que todavía hoy son explotados o son víctimas de los traficantes. La suerte de esta pequeña esclava hace pensar particularmente en Santa Josefina Bakhita, raptada de su patria, el Sudán, y vendida esclava unas cuatro veces.

Esta pequeña esclava israelita tiene, sin embargo, un corazón grande y tierno. El dolor no la ha cerrado ni endurecido, al contrario: ha agudizado su sensibilidad al dolor de los demás. Diversamente del sacerdote y del levita de la parábola del buen samaritano, la niña no “pasó de lejos”, sino que “tuvo compasión”: ella se tomó a pecho el problema de aquellos que en su corazón ella no tenía lugar; sabe dar atención e interés a aquello de lo que ella jamás ha podido gozar; sabe compartir con los demás aquello que ella misma desea ardientemente. Nuestro padre Don Bosco ha hecho algo similar: huérfano de padre se convierte en padre de huérfanos, “padre los jóvenes” (*Juvenum patris*).

También el apóstol Pablo tiene experiencia de este milagro de la pobreza. Él escribe de sí y de todos aquellos que, como él, anuncian a Cristo con humildad y dedicación: “somos pobres, pero enriquecemos a muchos; gente que no tiene nada pero lo posee todo” (2Cor 6,10). Es Dios que transforma la pobreza en fuente de riqueza, que hace brotar de la nada la abundancia.

“*Si mi señor se dirige al profeta que está en Samaria, seguramente lo libraría de la lepra*”. Con la sencillez y la discreción, típicas de los humildes y de los pequeños, la niña ofrece su interés, su participación a los problemas de los demás, su compañía en el sufrimiento. Su propuesta está hecha con fineza y delicadeza: pocas palabras articuladas en el modo condicional: “si...”. No invade, no impone, no molesta, pero indica el camino, abre un espacio de futuro, una posibilidad de cambio, de curación.

Además de su humildad y pobreza, la niña comparte con los demás su tesoro más precioso: su confianza en Dios. Ella ofrece una rendija de esperanza que brota de su fe y de la riqueza espiritual de su pueblo. Y lo hace con profunda convicción: “seguramente...”

La palabra de la esclava, discreta y segura, provoca pronto reacciones sorprendentes: pasa de persona a persona creando una cadena de comunicación y de solidaridad. La mujer de Naamán se apresura a comunicar la noticia al marido, y aquel a su rey. El rey de Aram, después, escribe con solicitud una carta de recomendación al rey de Israel, mientras los siervos de Naamán se ponen a hacer los preparativos para el viaje del patrón. Al fin Naamán llega donde Eliseo, y después de un poco de escepticismo inicial, cumple aquello que el profeta le indica hacer y obtiene la sanación deseada. No solo: él llega además a descubrir al verdadero Dios. Hasta confesar sinceramente: «*Ahora reconozco que no hay Dios en toda la tierra, a no ser en Israel...*» (2Re 5, 15).

La historia concluye en la alegría: con un “primer anuncio” fecundo. El final feliz no debe restar a la belleza del inicio. Todo comenzó por una pequeña niña que, después de haber sembrado vida y esperanza, desaparece de nuevo en el silencio para no ser ya más mencionada. No deja ni el nombre, ni el rostro, pero traza una estela luminosa en la historia. ¡Cuántos hombres y mujeres han seguido su ejemplo! ¡Cuántos han sido colaboradores anónimos de Dios!